

URBANISMO

LOS ABOGADOS DEL PAISAJE

«... que el dibujo de nuestros parques sirva de modelo a nuestras ciudades».
L'Abbe Laugier. 1755.

Los estudios precisos continuados desde hace dos años en materia de urbanismo y de reconstrucción inmobiliaria muestran con una agudeza particular la necesidad de ordenar no solamente nuestras ciudades, sino también sus alrededores; no solamente los núcleos urbanos, sino el paisaje en torno; en suma, nos incitan razonablemente a extender nuestra acción no sobre una serie de cosas particulares más o menos amplias o más o menos justificadas, sino más justamente sobre el conjunto del territorio. En cierto modo nos es necesario construir una doctrina general de ordenación, no de tal o tal ciudad, sino más generalmente del hogar Francia, del país entero. Y esto nos lleva a volver sobre una cuestión esencial, bien antigua y siempre nueva: la cuestión de las superficies verdes de las ciudades y, sobre todo hoy, la de los paisajes suburbanos y rurales que sirven de enlace con las aglomeraciones que los engarzan de alguna manera en el relieve geográfico.

De igual modo que la casa edificada sobre la heredad requiere la composición y el planteamiento de un cuadro hermoso de verdor y flores, igualmente las ciudades grandes o pequeñas establecidas sobre el territorio exigen un programa de ordenación racional de sus alrededores al estilo de la región en la cual se encuentran situadas y que gravitan en torno a ellas. Esto es lo que los urbanistas han comprendido perfectamente, puesto que sitúan en lugar preferente de sus programas de ordenación el estudio de las zonas suburbanas y rurales. Vol- 795

ver sobre los errores, las monstruosidades demasiado frecuentes, comprobadas en nuestras ciudades, dañando tantos de nuestros lugares naturales y de nuestros monumentos, sería en vano y no entra en modo alguno en nuestras intenciones. Grupos diligentes prosiguen desde hace largos años eficaces campañas denunciadoras de estas faltas de gusto, por no decir otra cosa; sea bastante recordar la acción del Touring Club de Francia, de la Sociedad para la Protección de Paisajes, para situar muy exactamente la cuestión.

Todo el mundo está ahora muy de acuerdo para decir que es inadmisibles encontrar a la entrada de muchas ciudades o aldeas el clásico depósito de basuras que en ellas se encontraba; tolerar una impúdica publicidad de carteles en las perspectivas más bellas y admitir la licencia desenfrenada de particulares que, al amparo de la libertad individual, cortan árboles seculares, señalando su huella en el paisaje o construyen indescriptibles "chalets" o "pabellones".

Es preciso aprovechar las presentes circunstancias, que desgraciadamente hacen indispensables estas operaciones de envergadura, para remediar tales inconvenientes y evitar que al volver la paz no vuelvan con ella estos daños sensibles causados al paisaje, no ya de un modo total por la guerra, sino gradualmente, parcialmente, racionalmente, por creación o desplazamiento de industrias, crecimiento de ciudades y otras causas de este género.

Consideremos, pues, el campo de acción que se nos ofrece, el natural de las operaciones que pueden ser válidamente enfocadas, los medios de que deben ser dotados los paisajistas para obrar útil y eficazmente, y, por fin, quiénes serán estos especialistas y la tarea que ha de incumbirles.

País y paisaje

La tarea consiste, hemos dicho, en organizar la tierra de Francia en su totalidad. Precisar, en consecuencia, lo que entendemos por "país" y "paisaje", términos frecuentemente empleados con sentido variable. El "país", el "pagus", es la región natural, la comarca caracterizada claramente por unos elementos geográficos. Es el valle del gran río, es también el llano liso del interior, la vasta llanura o el bosque transitorio o las colinas que preceden a las montañas, o aun el macizo de la cadena de elevadas cimas; es, además, la región poblada de arbolado, la comarca de las selvas, o bien, las costas cubiertas de viñedos.

El "paisaje", más limitado, es la percepción humana y momentánea de uno de los aspectos del "país".

El "país" es una entidad geográfica y étnica. El "paisaje" es el elemento constitutivo y perceptible dentro de aquél.

Ciertas regiones favorecidas ofrecen a la vez al viajero la percepción simultánea de los elementos reunidos. El "país" en su totalidad es abarcado por la vista y constituye un espléndido paisaje; a veces hasta la mirada abarca en un paisaje inmenso y grandioso varios países vecinos.

"País" y "paisaje", cuadro familiar o temporal, en medio del cual transcurre nuestra vida con sus alegrías y sus penas, sus reacciones y su deseos, nosotros debemos cuidarnos de vuestro carácter y de vuestra belleza.

Diversos tipos de paisaje pueden ser establecidos, agrupados estos últimos en grandes categorías, según sus caracteres. Distinguiremos así los paisajes desérticos, los paisajes rurales y los paisajes urbanos e industriales. Paisajes desérticos son las lagunas de Camargue, los circos pirenaicos, los montes de Auvernia, donde ha sido preciso proteger las perspectivas, como también se ha hecho ya en las reservas naturales de la Camargue, o del macizo de Néouvielle.

Paisajes rurales aquellos que nos son ofrecidos por estos países antiguos, cultivados como el país de Francia, entre el Valois y el Vexin, el país de Caux, la Picardía, la Beauce, con sus campos rectilíneos y llanos. Paisajes rurales, las selvas de Auvernia o del Maine; paisajes rurales, los viñedos de Languedoc y de la Bourgogne, las llanuras de Alsacia o las tierras fértiles del Brie.

Paisajes urbanos, en fin, las grandes agrupaciones, capitales políticas o valles industriales, anunciadas a lo lejos por sus suburbios "tentaculares".

Paisajes urbanos también, aquellos que presentan las ciudades pequeñas dormidas en su quietud antigua, que Utrillo ha expresado con tanta intensidad.

Todo este conjunto, constituido a la vez por la naturaleza salvaje y libre; luego, por esta misma naturaleza corregida, domada, suavizada, cultivada; en fin, la obra humana por excelencia, por la ciudad en toda su dignidad, su absoluto y su artificio, constituye verdaderamente la tierra de los hombres que nos importa conocer, proteger realmente y reconstituir.

Un paisaje es una "atmósfera" creada por elementos geográficos, étnicos, económicos y estéticos. Es necesario conservar al menos las grandes líneas de estos componentes, a fin de asentar y continuar el 797

carácter de la región, según su tipo en las operaciones que los paisajistas estarán obligados a emprender.

Para esta tarea la información indispensable, continuada de manera concienzuda, revelará los indicios esenciales base de las conclusiones. Los caracteres geográficos son los más evidentes; es el paisaje mismo: montaña o valle, llanura o meseta, playa o comarca pantanosa.

Un paisaje es un estado del alma... pudo decir Amiel en toda la extensión de la palabra; por eso, la influencia del medio geográfico es segura sobre los individuos que lo frecuentan, sobre el carácter de sus habitantes. Nadie ignora la rudeza de los auverneses y de los bretones, la frialdad de los flamencos, la jovialidad de los angevinos, borgoñeses, provenzales y de todos los países vinícolas.

El sedentario flemático se contenta con las costumbres que consagran para él los horizontes familiares. El nómada, el viajero insaciable y curioso, aquél del cual dijo Baudelaire que partía por partir... se cansa en seguida, al contrario del cuadro conocido que rápidamente llega a serle monótono. Para todos la influencia es innegable bajo distintas formas.

Estos datos étnicos, así como los elementos del folklore, serán cuidadosamente anotados por los paisajistas que forman con ellos el armazón de las conclusiones de su información, pues ante todo los paisajes son modificados para los hombres.

También serán atentamente consignados los caracteres económicos: regiones de gran metalurgia, de minas y de industrias pesadas, cuyos negros humos ocultan el horizonte, animado a veces por un caserío obrero, monótono y cuidado. También valles activos e industrializados de antiguo gracias a su fuerza motriz: Valles con industrias textiles de la región de Rouen, valles de la industria papelera o de la hulla blanca del Delfinado, valles de la Bievre, bien conocidos de los parisienses, con sus tenerías, peleterías, curtidurías y talleres de lavado. Llanuras fértiles de la Beauce, de la Brie o de la Picardía, con sus inmensos campos surcados de viejos caminos que conducen a la aldea, a la granja importante o a la fábrica de azúcar que constituye su riqueza agrícola, igual que la de los bosquecillos verdes de las pequeñas masías de cultivos diversos, rodeados de setos y cruzados de profundos caminos.

En fin, de todos estos informes se deducirá espontáneamente el carácter estético de la región, carácter que habrá luego, naturalmente, 798 que acentuar y remarcar, o al contrario, que atenuar o disminuir,

tanto para la satisfacción cotidiana de los habitantes como para el placer pasajero de los turistas.

El aspecto sociológico, al cual será siempre preciso referirse para obrar con utilidad, será también cuidadosamente considerado, punto éste en el que será preciso dar pruebas de perspicacia y clarividencia. En efecto, no basta considerar la conducta de los seres en un momento dado, es preciso también presentar su evolución en el tiempo, ver cuáles son las modificaciones probables de las costumbres capaces de influenciar la actitud en el porvenir de estos mismos individuos. Lo ideal hubiera sido presentir en 1900 el desenvolvimiento actual de los "sports", por ejemplo; en este orden de ideas observamos desde ahora las modificaciones profundas que han sobrevenido en las costumbres aldeanas.

¿Cuántos habitantes rurales tienen ahora su coche—o al menos lo tenían antes de la guerra—y vienen con regularidad a la gran ciudad vecina? La radio les lleva cada día el curso de los últimos ecos del mundo; no tienen que desplazarse para venir a informarse a la ciudad. Ahora se visten como en la ciudad y toman vacaciones como sus vecinos, practicando el turismo y el "sport" como ellos. Estas modificaciones, cuidadosamente observadas, influirán sobre la concepción de los proyectos, que tendrán en cuenta así las necesidades de los habitantes del paisaje y las de sus visitantes.

La carretera, enlace y explotación del paisaje

Todos estos elementos no son válidos objetivamente más que en tanto que nosotros podamos percibirlos y utilizarlos. Para ello, indefectiblemente, hemos de recurrir a la carretera, huella humana necesaria para la posesión racional de la naturaleza.

Por pobre que sea el país, desde el momento en que el hombre está en él su huella existe en los lugares favorables, en los lugares propicios. Es, a veces, la simple pista, el sendero que se desliza por todas partes, por valles y campiñas. Es el camino de tierra que permite la explotación de los campos. Es el camino rural, blanco y polvoriento, que siguen las yuntas de las carretas o el arado. Es el sendero de arrieros, cuyas ondulaciones interminables permiten, sin embargo, el acceso a las cimas. Es, además, el sendero de las riberas marítimas que enlazan playas y ensenadas, y también las grandes vías contemporáneas—nacionales o autovías de explotación o de turismo—, que corren rectas en el paisaje de una a otra gran ciudad. Es, en 799

fin, la callejuela de la aldea que muestra la dirección de los campos o de la iglesia. También el bulevar, animado por una circulación torrencial.

Todos estos caminos constituyen la huella humana, frecuentemente antigua y, por consecuencia, de un trazado empírico, que nosotros debemos esforzarnos por hacer más realizada, más dulce y más bella.

La obra a realizar

El campo de acción lo acabamos de señalar: País, paisaje y carretera, ya bien definidos; nos falta ver cuáles son las posibilidades de acción que podemos tener sobre ellas.

Nos es preciso, repitámoslo, no construir un jardín más, no trazar un parque más, sino más ampliamente, ordenar los paisajes de nuestro país. Enlazar las ciudades entre ellas, las aldeas a las aldeas, por paisajes más característicos, por caminos más favorables, y todo esto no ya por retazos, por pequeñas operaciones locales, suscitadas frecuentemente por una querrela de campanario o un escándalo regional, sino más bien después de un estudio de un conjunto en un grado nacional, teniendo en cuenta todos los elementos considerados y también la inverosímil evolución presente en las costumbres.

Prácticamente admitimos tres grandes medios de acción, que se ofrecen a nosotros según el estado del paisaje, considerado en el caso más favorable: cuando hay un paisaje existente, dos soluciones de importancia variable se presentan:

- 1.º Protección del lugar.
- 2.º Su ordenación.

En tercer lugar el remedio enérgico, la solución quirúrgica:

- 3.º La reconstitución del paisaje.

“La nueva hechura” se impone a nosotros en caso frecuente en las regiones suburbanas de paisajes destruídos.

Las dos primeras soluciones serán aquéllas que habrá ocasión de emplear mucho más frecuentemente. Por fortuna para nosotros, son numerosos todavía en Francia los paisajes existentes que no piden más que ser protegidos y valorados prosaicamente. Así están los valles—comunales o patrimoniales—, así están las montañas, las playas en la mayor parte de su desarrollo, etc.

Por consiguiente, protección legal y eficaz, luego ordenación más o menos suficiente, más o menos suave en función del lugar, de la 800 región y de su importancia económica. Es toda la política de los

parques nacionales y de las reservas naturales aplicada en todos los países del mundo, pero escasamente en Francia hasta ahora. Estas dos fases elementales pueden revestir por todas partes múltiples aspectos, según las circunstancias. Tendrán lugar en ciertos casos como servidumbres de construcción, de alineamiento, de altura. En otros intervendrán servidumbres de plantación y de explotación de bosques. En este orden de ideas citaremos de pasada la sentencia que acaba de dar el Tribunal de Versalles relativa a la tala de arbolado de la isla de Corbiere, situada bajo la terraza de Saint Germain. Es sabido que los propietarios industriales habían hecho talar, hace algunos meses todos los hermosos árboles que decoraban esta isla... "clasificada". El resultado no se ha hecho esperar. Acaban de ser condenados a una multa y a la repoblación total de la isla desnuda. He aquí un buen punto de apoyo que prueba que nosotros podemos obrar eficazmente nada más que aplicando las leyes existentes, si bien es verdad que no todos los lugares están "clasificados".

Tomemos como modelo una vez más a nuestra amable vecina, la nación suiza, que nos da un ejemplo a seguir. Este ejemplo ha sido citado por M. le Caisne, que nos señala la poca importancia de la masa arbórea del cantón de Ginebra y nos dice los cuidados de que se rodean a los árboles existentes en él. Cuando se trata de talar un árbol se reúne un verdadero Consejo comunal: una comisión de tres miembros: el arqueólogo cantonal, un arbolista, el Director de la Oficina de autorizaciones para construir y tres personas prácticas en la materia; la demanda es escrita, el plazo breve, y se realiza una visita, obrando mediante la persuasión; a veces se autoriza la tala, a veces una transacción conduce a una plantación como contrapartida y se confía en la promesa del propietario. Una nota de las operaciones acordadas se consigna en el plano catastral, que constituye así un verdadero estado de los lugares de dominio "nacional". Qué eficacia no puede esperarse de tal organización y qué sencillo aparece esto si se completa por una educación apropiada, como indica justamente M. le Caisne, que desea que en Francia se aprenda a considerar mejor los árboles.

Hemos hablado anteriormente de soluciones quirúrgicas. Hemos de considerar el caso de paisajes destruidos, sea por la guerra, sea por una extensión desconsiderada de una aglomeración urbana, sea por la aparición de una industria. Estos casos, desgraciadamente, son demasiado frecuentes y son los más estúpidos, porque son los más evitables y, al mismo tiempo, los más costosos para la colectividad. En estos casos el procedimiento debe poder ser particularmente enér-

gico y rápido: requisición o expropiación por causas de utilidad pública. Luego, siendo libre el terreno, será abordada la reconstitución del paisaje antiguo con toda la honradez y competencia y la delicadeza posibles. Evitaremos caer en la pequeña plaza pública con jardín muy arquitecturado. Evitaremos también caer en la jardinería local, con el escudo de la ciudad en mosaicos... por lo mismo que no conseguiremos con arbolitos verdes, arbustos, arbolitos extranjeros, arbolitos de flores y otras pequeñeces hacer hermosas perspectivas.

Aquí nos encontramos con el urbanismo, es decir, el arte de hacer las ciudades más confortables, más sanas y más bellas.

El estilo debe ser juiciosamente escogido: composición arquitectónica de gran carácter para los conjuntos que deban encuadrar los monumentos públicos y de los espacios libres para las diversiones del pueblo. Es entonces cuando el paisajista tendrá que dar la prueba de su talento, de la muestra de su arte, es decir, del partido que sabrá sacar de un medio dado, del lugar, del clima y de la flora, en función de la historia y de las horas. El paisajista tendrá que jugar con masas, con volúmenes que evolucionarán bajo la luz cambiante del día. Tendrá que especular con la coloración de las hojas y de las flores, según las estaciones. Considerará también el detalle del alumbrado sobre el lugar. Un promontorio bien emplazado permitirá una hermosa visión de la superficie reposada del lugar, o un ligero codo en el camino dará una perspectiva alargada sobre el curso del río o de la ribera. Todo el arte del "abogado del paisaje" se manifestará así de este modo, con lo cual mostrará su oficio y su buen gusto, "pues es preciso haberse formado por la vista de las cosas bellas y por la práctica de las malas", según la frase de Dezallier d'Argenville.

En resumen: protección de los lugares existentes todavía y que no han sido aún atacados; ordenación delicada de estos emplazamientos a fin de facilitar su explotación, y, en fin, reconstitución del paisaje destruido, frecuentemente urbano o suburbano. He aquí las tres grandes fases de acción posible para el paisajista sobre el paisaje.

El abogado del paisaje

Acabamos de esbozar la acción del paisajista en las diferentes operaciones consideradas.

Desarrollemos, pues, su actividad en los programas de ordenación 802 que actualmente se elaboran. Así este hombre de la naturaleza—en

el sentido en que se le entendía en el siglo XVIII—, de formación tan especial: pintor, arquitecto, botánico y jardinero, volverá a seguir la tradición, tradición de los grandes antecesores: Caraman, Morel, Watelet, Carmontelle, Ligne, Puckler-Muskan. El paisajista leerá con fruto el “Tratado de la decoración de exteriores y jardines y de los parques”, del Duque de Harcour, y también “De la composición de los paisajes”, del Marqués de Girardin. Estos autores son más que nunca de actualidad, y si sus notas nos parecen justamente extrañas hoy en lo que concierne su aplicación al cuadro familiar de una habitación particular, estamos obligados a admitir, según nos parece, que están perfectamente sentidas en lo que concierne a la ordenación del paisaje en grande escala de nuestras regiones naturales.

Al “abogado del paisaje” incumbirá, pues, el cuidado del carácter de una región mediante el trazado de una carretera, su decoración, su plantación. Son suyos el cuidado de salvaguardar una selva preciosa a fin de reconstituir las asociaciones vegetales características. Su papel está perfectamente definido en las siguientes líneas, consagradas a la construcción de una red de autovías en un gran país vecino:

“Al lado de los ingenieros trabaja sobre cada trozo de autovía un “abogado del paisaje”, cuyas sugerencias han sido ya escuchadas en el momento de la fijación del trazado. Es él quien vigila que se evite toda empresa desgraciada a la vista o perjudicial para la armonía del paisaje; está presente desde los primeros trabajos de tala y de explanación, estudiando cuidadosamente la naturaleza del suelo, las familias de las plantas características en la comarca. Bajo su vigilancia es recogido el mantillo, que rendirá grandes servicios más tarde, cuando se establezcan los taludes y las zonas de verdor entre las dos pistas. Defensor de la belleza del lugar y de la naturaleza, este especialista protege los monumentos y las plantas raras. Es a él a quien se debe el ver conservados ciertos ejemplares de árboles particularmente espléndidos, y si a veces se ha hecho desviar el trazado para proteger algún monumento natural secular, se debe igualmente a su intervención.”

Cuando era preciso abrir paso a la autovía a través de los bosques, “el abogado del paisaje” velaba para que ningún derroche desgraciado afease el paisaje. Además de las medidas preventivas que él hace aplicar, el “abogado del paisaje” desempeña un activo papel. Vigila que las plantas que han de cubrir los taludes y las fajas medias sean escogidas entre aquéllas que están aclimatadas en la región y corresponden a las condiciones del suelo y del clima.

Así puede verse cuán grande es la tarea que incumbe a este especialista y la importancia de su papel. Es él quien salva la flora —corriente o en hermosos ejemplares— y la reconstituye, papel esencial, puesto que los vegetales son los componentes básicos del paisaje natural. Es él quien ordena las vistas, quien establece los espacios abiertos, quien oculta las fealdades. Es él quien coloca las “fábricas” de este parque gigantesco: posadas, surtidores de carburantes, tablas de orientación, señales, etc. Es él, sobre todo, quien vigila el trazado de la carretera en colaboración estrecha con los ingenieros.

Creemos haber mostrado cuán grandiosa es la obra que puede ser emprendida en Franciá, a la vista de las circunstancias, para reconstituir nuestras ciudades y nuestras aldeas y también enlazarlas entre sí por hermosas vías semejantes a las avenidas de un vasto parque, que servirán al mismo tiempo a los más bellos de nuestros paisajes y a los más bellos de nuestros lugares. Vemos así cuán grande es también la tarea de los especialistas: ingenieros, arquitectos y... abogados del paisaje. Es preciso, pues, darles medios jurídicos poderosos y rápidos a fin de que puedan, de común acuerdo, llevar a buen fin esta obra saludable e indispensable, que dotará al país de Francia de una atmósfera de alegría y paz reencontradas.

HENRI PASQUIER

Paisajista urbanista

Trad. de J. G. R.

(De “Urbanisme”. París.)